

*A mis hombres, grandes, pequeño y mediano,  
por el tiempo robado.*

# 1

«Eso tendrá que ser en mi próxima vida», son las últimas palabras que le oigo pronunciar antes de volver toda mi atención a él. Dejo que transcurran unos segundos más y apago la grabadora.

—Pues ya está. Era la última pregunta —le digo con un tono de fingida despreocupación.

Doy un repaso rápido a mis notas, jugueteando con el bolígrafo hasta que se escapa de entre mis dedos nerviosos, rueda por el suelo y desaparece bajo la mesa. Alzo la vista un segundo y tropiezo con sus ojos brillantes, observándome; parece que se está divirtiendo a mi costa el muy hijo de su madre.

Mi cuerpo se agacha bajo la pesada mesa de nogal maldiciendo entre dientes, consciente de esa mirada insistente que me impide pensar en lo que le diré cuando llegue el momento de aparcar nuestros papeles de periodista y entrevistado.

Las yemas de mis dedos tantean a ciegas la moqueta en busca del bolígrafo, y cuando por fin lo rozo, estiro mi brazo un poco más inclinándolo la butaca sobre dos de sus patas en un peligroso equilibrio, hasta notar cómo todo se tambalea a mi alrededor.

Su mano sujeta firme el respaldo y evita lo que hubiera sido una bochornosa caída, mía y de mi ego.

—Cuidado, Julia. —Y eso es todo lo que dice, con esa voz grave que tanto me gustaba escuchar.

Me yergo de nuevo sobre la butaca exhibiendo, desafiante y triunfal, el bolígrafo entre mis dedos.

—Es que hoy ya he perdido dos —me excuso, simulando que aquí no ha pasado nada, antes de recoger el resto de mis cosas esparcidas por la superficie de la mesa: los cascos, el móvil-grabadora y la libreta Moleskine con mis anotaciones, abierta de par en par delante de mí.

Sus ojos están fijos en ella, en el corazón de clip rojo prendido en el filo de una hoja. Su corazón de clip. Uno de esos mil recuerdos que tengo de él; uno tangible, manejable, de los que no se han diluido con el paso del tiempo.

Toda mi pose de fría profesional peligra cuando me hace una sencilla pregunta:

—¿Sigues compartiendo piso con Alma y Miguel?

Casi es peor que rehúya constantemente su mirada, lo sé.

—Solo con Miguel. Alma está en Colombia, así que nos hemos atrincherado ahí mientras su tía nos lo permita —alzo la vista a sus ojos. Él me sostiene la mirada y nos quedamos unos segundos así, como en los viejos tiempos. Con esa atracción irresistible que sentí desde el primer día en que nos conocimos.

Su móvil vibra bailón sobre la mesa. Cómo no. Tuerce la boca en un gesto contrariado al ver el número que aparece en la pantalla de su teléfono. Yo esbozo una falsa sonrisa comprensiva.

—Cógelo, no pasa nada —le digo—. Me tengo que ir ya. Tengo un poco de prisa —me levanto decidida con mi bolso al hombro.

—Debo atender esta llamada, lo siento —masculla aparentemente molesto por la interrupción—. No te vayas, por favor. Dame un minuto.

Será un minuto o serán diez. Con él, nunca se sabe.

—No puedo, de verdad. Llámame y nos tomamos algo, si te apetece. No he cambiado de número. —No sé si me ha escuchado porque se ha levantado de su sillón y me ha dado la espalda, alejándose hacia el ventanal con el móvil pegado a la oreja.

Aprovecho unos segundos para contemplar, ahora que no me ve, su figura alta y atlética, elegante incluso con unos vaqueros clásicos y una camisa azul marino ceñida a esos hombros poderosos a los que me aferré tantas noches.

No me encontrará al terminar su llamada.

Abandono la amplia sala de reuniones en dirección al ascensor. Lo miro por última vez a través de la pared de cristal, completamente ajeno a mi marcha. No puedo culparle de nada: fui yo quien lo dejé marchar.

Me alejo con paso ligero del moderno edificio acristalado en dirección a la parada de metro más cercana. Nada parece haber cambiado.

O sí. Según como se mire.

Si echo la vista dos años atrás, creo que Alma y Miguel convendrían conmigo en que cambian hasta los recuerdos que cada cual escogemos contar. Los que yo deseo contar, con permiso de los dos.

## 2

Debo reconocer que el día en que recogí el documento donde se leía un aprobado tecleado en mayúsculas de la última asignatura que me quedaba para terminar la carrera, no pasaba por mi mejor momento. Oficialmente, ya era una licenciada en periodismo, al margen de que hubiera tardado cuatro años más que mis compañeros de promoción en lograrlo. En unos meses cumpliría los veintisiete años y ahí estaba todavía, en la puerta de la facultad, desesperada por recibir la llamada de teléfono que me diría si tenía trabajo o no.

Después de echarle un vistazo rápido a la hoja de calificaciones, el alivio dio paso al cansancio acumulado por la tensión de las últimas semanas. Me sentía como si acabara de salir de una larga enfermedad; jodida pero contenta. Eso sí: nada de gritos de alegría ni saltos emocionados, ni de liarme a dar a besos al personal de secretaría de la facultad. Yo no soy de esas.

No es que no me emocione, todo lo contrario; soy capaz de llorar hasta con el anuncio de la lotería de Navidad. O con cualquier comedia romántica. O incluso, con mis amigos y entonces compañeros de piso Alma y Miguel, que si bien son algo empalagosos en sus muestras de afecto hacia mí, sé que me entienden. Todavía hoy están convencidos de que tengo carencias afectivas que deben cubrir ellos. Yo les digo que carencias no tengo, que es una cuestión de piel, de carácter, o quizás de educación, no lo sé. No me sale natural lo de lanzarme a dar besos o abrazos a diestro y siniestro, o desnudarme en cuerpo y alma al primero que aparece por ahí. En mi familia somos recios, parcós en demostraciones amorosas. En la de Alma son todo lo contrario, así que nos compensamos porque ella derrocha cariños y arrumacos, quieras o no quieras. No es negociable.

En cualquier caso, estaba razonablemente contenta de haber terminado la carrera. A fin de cuentas, mi decisión de dejar esas asignaturas a la deriva durante cuatro años fue premeditada. Digamos que el hecho de convertirme en licenciada dejó de ser mi prioridad cuando me ofrecieron una plaza de becaria en un joven periódico digital. Lo había puesto en marcha un prestigioso periodista junto a un pequeño equipo de jóvenes redactores que aspiraban a crear –y cito a continuación–: «un periódico diferente, más participativo y

cercano, tanto en el tono como en el formato de la información y las noticias, que tratarían con el mismo rigor que cualquier otro diario». Palabras textuales.

A mis veintidós años de entonces, eso sí me pareció prioritario y emocionante. Igual de prioritario y emocionante que la idea de estar cerca de Fran, el primo de uno de mis amigos de la facultad, a quien había perseguido durante ese último año tan discretamente, que ni se había enterado. En eso del disimulo también soy muy buena.

Dejé algún examen final colgado. La fecha de mi incorporación coincidía con una de las asignaturas que peor llevaba preparadas, así que ese día, me levanté y me fui a trabajar. Ahí estaba mi futuro, no en aprobar dos o tres asignaturas. Eso lo saben hasta los de primero de carrera. Así que allí me planté, en la recepción de la tercera planta de un edificio ubicado en un polígono industrial, junto a otros cuatro compañeros de facultad.

Con el corazón encogido escuché el breve alegato de bienvenida que nos lanzó el director en nuestro primer día, hablándonos de la nueva era iniciada por la revolución tecnológica, del empuje del talento, de la pasión por el oficio, de una nueva escuela de periodistas que comenzarían cambiando el periodismo y terminarían cambiando el mundo, y bla, bla, bla.

Ahora lo recuerdo como una excelente charla de motivación que consiguió su propósito: nos hicimos adeptos al director y a su causa. En mi caso, no le resultó difícil convencerme, había soñado toda mi adolescencia con formar parte de algo que realmente pudiera cambiar el mundo y allí se proponían hacerlo desde ese nuevo medio digital en el que yo, ¡yo!, empezaba a trabajar como aspirante a periodista.

Las oportunidades de colaborar en la creación de un nuevo periódico no surgían muchas veces en la vida. Esto me lo dijo mi profesor de Redacción Periodística cuando acudí a pedirle su opinión. Se puso un poco trascendente con eso de que vivíamos un momento histórico, un «cambio de paradigma» que trastocaría el futuro de la humanidad, pero una simple pregunta –¿qué pasaría si no termino la carrera?– le hizo bajar a la realidad de su minúsculo despacho arrinconado al final del pasillo. Se quitó sus gafas casi invisibles y sentenció: «No tengas miedo a tus decisiones. Las oportunidades no esperan. Este edificio, sí». Y a continuación, se ofreció a hacerme una carta de recomendación. Yo no necesitaba muchas más razones para convencerme; como ya he mencionado, no me quitaba el sueño dejar la carrera en punto muerto para empezar a trabajar. Sólo necesitaba un pequeño empujón de alguien a quien respetaba.

Así fue cómo decidí aparcar las últimas asignaturas que me quedaban para terminar la

carrera, y con ellas, el sobrevalorado título de licenciada en periodismo. Y no me arrepiento, en absoluto. Los tres años que pasé embarcada en esa aventura de periódico digital irreverente fue la mejor escuela del oficio que pude tener, al igual que mi historia con Fran fue la mejor escuela en relaciones tóxicas y destructivas, de donde salí graduada en menos tiempo y con honores.

El joven periódico aguantó lo que aguantaron los números, casi tres años, 935 días. Una mañana nos comunicaron que se había terminado el crédito y la confianza, que no salían las cuentas. Había que cerrar. Al final, la cruda realidad fue que todo ese increíble talento reunido no tuvo ninguna oportunidad de cambiar ni siquiera su propio destino, y sucumbimos al peso de la Madre de Todas las Crisis. Como colofón, nos despedimos de nuestros lectores un día cualquiera abriendo portada con un desenfadado RIP a bombo y platillo.

De ahí pasé en seguida a la redacción de una web algo cutre de noticias de tecnología donde me prometieron el sueldo mínimo correspondiente a media jornada teórica de trabajo (aunque en la práctica, era jornada más que completa, con horas extras incluidas). De los seis meses que trabajé en ese sitio infame, solo me pagaron el correspondiente a dos, y nunca un sueldo entero; me iban entregando pequeñas cantidades a cuenta.

Me planté el día en que mi jefe me pidió que pagara de mi bolsillo las pizzas con las que debíamos retener a los becarios hasta que terminaran un especial sobre modelos de móviles. Algún avisado se había comprometido con una agencia publicitaria a tenerlo listo en unas horas para que coincidiera con el inicio de otra megacampaña publicitaria de un anunciante de telefonía. «Guárdate el ticket y lo pasas para que te lo reembolsen», me dijo. Pero ya sabía yo cómo funcionaban allí los reembolsos: tú presentabas el ticket y al cabo del mes, se había perdido sin dejar huella. Y entonces me pregunté: ¿Qué futuro me esperaba si, cobrando una mierda, transigía en financiar incluso la comida de los becarios? Y además... ¿vendiendo descarados publlirreportajes encubiertos? ¿De verdad creía que desde allí podría llegar a algo digno? Decidí que no. Era demasiado joven para convertirme ya en uno de esos periodistas cínicos de Kapuscinsky que no se soportan ni a sí mismos. Replegué mi orgullo y volví con ganas a la facultad porque... ¡qué leches!, un título es un título, aunque termine en el envase de una caja de barquillos de chocolate.

### 3

Estaba tan ensimismada, que apenas escuché el sonido estridente de mi móvil. Número desconocido. ¡Ay, Dios! Que sea, que sea, que sea.

Y era. La llamada tan ansiada de *El Observador* en la que me comunicaban que me habían seleccionado para el puesto temporal de redactora. Contesté que sí a todo con un hilo de voz temblorosa que no fui capaz de controlar. ¡Había conseguido trabajo! ¡EL trabajo! En una redacción seria, con periodistas serios, información seria y... ¡con un sueldo mensual! Al colgar, respiré hondo y me dejé caer en estado casi catatónico en la escalinata de la facultad. De golpe y porrazo, mi día se había enderezado totalmente. Había terminado la carrera y tenía trabajo. ¿Era o no era un día espléndido?

Con la prueba de mi licenciatura en la mano, la perspectiva de trabajar en *El Observador* para cubrir una sustitución por maternidad me hizo sentir como si, al menos en la faceta laboral, las piezas de mi descabalado puzzle interno estuvieran colocándose en su lugar. Pensé que era un comienzo esperanzador: un periódico grande, cuatro meses por delante con algo más del sueldo mínimo interprofesional (esta vez, todo legal, sin subterfugios ni engaños). Suficiente para sobrevivir en Madrid un verano más.

Sentada allí, frente a esa gran mole de hormigón gris, tecleé en el móvil un mensaje para Alma:

«Alma, misión cumplida: asignatura aprobada, carrera terminada. Lunes empiezo a trabajar en El Observador. ¡Me quedo en Madrid!»

Suspiré satisfecha, preguntándome si, en el fondo (en las profundidades abisales del océano, como quien dice), no echaría de menos el ambientillo de la facultad, las acaloradas discusiones sobre política o periodismo tumbados alrededor de unas latas de cerveza en las verdes praderas adyacentes al edificio de hormigón, o las risas que nos echábamos con aquellos mal llamados compañeros de clase que hacían de los exámenes un competitivo juego de despiste y derribo de contrincantes.

En ese instante me volvió a sonar el móvil. Alma no había tardado ni un minuto en llamarme.

—¡Felicidades por partida doble! Pero sobre todo, por el curro. ¿Desde cuándo lo sabes? ¡Menos mal! Ya te veía este verano en el autobús de vuelta a tu pueblo. —Alma hablaba rápido, con un tono más agudo de lo normal debido a la excitación, la alegría o no sé qué.

—Es un contrato de cuatro meses, una sustitución de maternidad. No es que sea mucho, pero es en *El Observador* y al menos, sé que me pagarán.

—¡Seguro que luego te hacen fija! ¿Cuándo empiezas? —y casi sin dejarme ni responder, exclamó—: ¡Tenemos que celebrarlo!

Escuché el murmullo de una voz masculina a través del teléfono y Alma añadió:

—Óscar también te felicita y dice que nos debes unas cañas. ¿Salimos esta noche y arrasamos? ¡Es viernes! ¡Los jueves salen los tíos más interesantes!

Comprendí que Óscar era el culpable de esa sobreexcitación de Alma. En aquel entonces, solíamos bromear con la idea que tenía Alma de los chicos más interesantes: en la treintena, gafapastas con aspecto de *hipsters* modernillos. Para nada su estilo.

—Este mes voy mal de dinero, Alma. Mejor mañana viernes y lo celebramos a lo grande. —Me miré las sandalias desgastadas que no aguantarían un verano más. La ropa tampoco era mi prioridad en esos momentos, pero necesitaría renovar alguna prenda para ir al trabajo y apenas me quedaban 200 euros en la cuenta. Suspiré recordando algo—: A ver cómo le digo a mi madre que este verano no voy a Cáceres.

—¡Qué tontería! Verás como estará súper orgullosa. —Alma siempre tan optimista y confiada—. Es un periódico muy conocido. A los padres les mola presumir delante de sus amigos y enseñar tu nombre firmando un artículo.

—Dudo que yo firme otra cosa en el periódico que no sea el contrato de trabajo temporal. Y aun así, me hizo ilusión imaginarlo.

Esa tarde aproveché para deambular por algunas tiendas del centro donde me compré unas sandalias nuevas, y un par de pantalones muy ponibles para ir a trabajar.

Cuando regresé al piso no habían llegado ni Alma ni Miguel. Dejé las llaves en el recibidor, colgadas en un mini perchero con tres ganchos marcados con nuestros respectivos nombres. Leí en diagonal, como hacía cada vez que traspasaba el umbral, el texto que adornaba la pared frente a la puerta de entrada:

*En esta casa...*



*Vivimos la realidad*  
*Nos divertimos*  
*Nos equivocamos*  
*Pedimos perdón*  
*Nos abrazamos*  
*Reímos, lloramos*  
*Nos volvemos a levantar*  
*Perdonamos*  
*Amamos.*

Elegido por Alma. Era y sigue siendo, recopiladora compulsiva de frases inspiradoras que encuentra en Internet, con imagen o sin imagen, anónimas o célebres, da igual. Las tiene todas en una carpeta de Pinterest, de la que selecciona las que más le encajan en cada momento de su vida o de la nuestra, que para eso somos casi como su familia aquí. Si no existen, es capaz de inventárselas.

Alma es una de las personas más creativas que conozco. Tenía las paredes del piso salpicadas de frases impresas sobre preciosas fotografías que aludían a sentimientos o sensaciones o formas de ver la vida, que renovaba cada cierto tiempo. A mí me reservaba una pared especial, junto a la puerta de mi habitación, empapelada de citas sobre retos, nuevos comienzos y la actitud necesaria para hacerlo. ¿Funcionaban? No hacía falta. El simple hecho de levantarme cada semana con una bonita frase especialmente elegida para mí, me alegraba el día.

Avancé por el pasillo de madera antigua cuyos crujidos delataban, quisiéramos o no, nuestros movimientos por la casa. Vivíamos en un piso señorial algo envejecido, situado en un céntrico barrio de Madrid. Cuando entré en él la primera vez, me impresionaron los techos altos enmarcados con molduras florales, las estancias amplias y luminosas, la puerta de dos hojas con cristales de colores emplomados que se abrían directamente al salón y, sobre todo, la increíble chimenea con embocadura de mármol ennegrecida, inutilizada durante décadas. El piso pertenecía a una tía abuela de Alma que al quedarse viuda y sin hijos, se había ido a vivir con su hermana a Santander, dejándolo vacío. Cuando Alma expresó su intención de estudiar en Madrid, su tía insistió en que lo utilizara a cambio de un alquiler bajo. No quería alquilárselo a cualquiera pero tampoco deseaba que estuviera deshabitado porque, según

decía, era una vergüenza que con tanta necesidad como había, quedaran viviendas vacías.

El día que entré por primera vez en aquel piso, Alma ya me había ofrecido venir a vivir con ella. Le quedaban dos habitaciones libres. Nos habíamos conocido hacía un mes, y éramos ya como viejas amigas. En realidad, fue la primera persona con la que entablé conversación en la facultad, mientras ambas hacíamos cola para presentar los papeles de la matriculación. Alma iba a estudiar Publicidad y Relaciones Públicas; yo, Periodismo. Cuando empezamos a hablar, ya no paramos durante más de tres horas. Ambas veníamos de fuera de Madrid y no conocíamos a nadie. Ambas aparentábamos que nos movíamos como peces en el agua en las revueltas corrientes del mundo universitario.

Alma y yo somos muy distintas en muchas cosas, pero supongo que desde el principio nos reconocimos como ese tipo de personas con las que sintonizas desde el primer minuto, como si nos hubiéramos conocido durante siglos.

Un mes después de nuestro encuentro en la facultad, abandoné mi habitación-trastero con vistas a un patio oscuro de un apartamento compartido, para mudarme al piso de Alma.

Atravesé el salón hasta mi habitación. Estaba exhausta. Me dieron ganas de dejarme caer como un saco en la cama y dormir un ratito. Llevaba un par de semanas durmiendo poco y mal debido a aquel último examen, aguantando a base de café y alguna pastilla de «vitaminas» que me había pasado un colega en la facultad. No me tumbé. Conseguí resistir la tentación porque sabía que un ratito de los míos podía convertirse en dos horas de sueño profundo y embrutecedor, del que te levantas con los ojos pegados y totalmente desubicada en el tiempo y en el espacio.

Miré a mi alrededor. Mi habitación era un desastre de apuntes desordenados, libros amontonados por el suelo y una taza de café reseca de alguna noche anterior en vela. No es que me apeteciera ponerme a hacer ninguna de las tareas pendientes en mi lista para ese día, pero hay momentos en que una debe hacerle frente a los cánticos de la procrastinación (moderneiz para definir la vaguería con la que dejamos para mañana lo que podemos hacer hoy), así que empecé por lo más fácil: ordené mi habitación, al tiempo que imaginaba en mi cabeza la conversación que mantendría con mi madre. ¿Cómo explicarle que, finalmente, ese verano no iría a Cáceres? Era por una buena razón que, sin duda, entendería. Sin embargo, sabía que estaba deseando tenerme allí ese verano, organizar juntas una pequeña escapada a

Portugal, como solíamos hacer cuando vivía mi padre, y ayudarme a encontrar un trabajo allí, cerca de mi familia, que era donde debía estar, según ella.

## 4

Alma decidió que ese día se marcharía del trabajo a su hora aunque ardiera Troya. Las creatividades de la última campaña de las galletas estaban entregadas. Había comenzado a esbozar el guión del vídeo promocional que les habían solicitado del departamento de *márketing* y ya se había preparado la reunión que les había fijado su jefe a primera hora del día siguiente para validar ideas. ¿Qué más podía hacer? ¡Nada! Era la eficiencia personificada.

Por eso, a las cinco horas cincuenta y siete minutos de la tarde, revisó rápidamente su agenda, recogió su mesa, colocó sus bolígrafos de colores y despegó todos los post-it del día. Fue al baño para lavarse y refrescarse, y a la vuelta, hizo *click* en el botón de apagar. Listo.

Echó una ojeada a sus compañeros alrededor, sumergidos en las pantallas de sus ordenadores, concentrados e increíblemente silenciosos; se levantó despacio, cogiendo su bolso sin hacer ruido. Su compañera Maribel apartó un segundo la vista de su ordenador para mirarla, pero ni se inmutó; el resto hizo como si no les importara su fuga, aunque sabía que todos estarían tomando buena nota. Miguel, sentado en un grupo de mesas a unos metros de la suya, la miró poniendo cara de ¿pero qué haces? Alma le sonrió con descaro y gesticuló un «me tengo que ir», antes de salir disparada hacia la puerta despidiéndose con un alegre «hasta mañana».

Se vio en la calle a las seis de la tarde de un luminoso jueves primaveral en Madrid. Las calles del centro peatonal rebosaban gente de paseo. Los niños jugaban a la pelota en una plaza. Las terrazas de los cafés comenzaban a llenarse. Alma respiró profundamente con un gemido de satisfacción, y al hacerlo, le vino un olor dulzón a vainilla y gofre. Pensó que una tarde como esa, bien se merecía el capricho de saborear un helado de vainilla con nueces caramelizadas. Sintió la vibración del móvil en el bolsillo de su chaqueta. Un mensaje de Óscar:

«Dónde estas? Te he llamado al trabajo y me han dicho que te habías ido. Te has escapado ya? Nos tomamos un café?»

Tecléo con dedos ágiles:

«Estoy a punto de comprarme un helado x la zona de Chueca. Sales pronto?»

La respuesta no tardó en llegar:

«Salgo de reunión en oficina del cliente en Gran Vía. Nos encontramos en 20 mins en la Plaza de Chueca?»

Ni se lo pensó:

«Ok»

Y para que no faltara nada en esa maravillosa tarde de jueves, Alma sintió un suave revoloteo de mariposas en el estómago. Y no se debía precisamente al hambre que le había entrado con el olor a gofre. Aplazó el helado hasta llegar al café donde había quedado con Óscar. Se sentó en una mesa libre de la terraza y se entretuvo observando a la gente que estaba sentada en las mesas cercanas. A su lado había una pareja hablándose al oído; en otra mesa un grupo de jóvenes recién salidos de la adolescencia vociferaban exhibiendo hormonas, y unas mesas más allá, una madre joven removía distraída un café mientras mecía adelante y atrás el carrito de su bebé.

Lo vio llegar a lo lejos. Con un impecable traje gris claro, camisa blanca sin corbata y con el cuello desabrochado, el paso firme y la mirada fija en su Iphone. Era tan alto, que sobresalía por encima de otras cabezas. Alma lo siguió con los ojos, sintiendo un vuelco en el estómago que ascendía en forma de hormigueo camino del corazón. Tanta emoción interna no le iba a servir de nada: para Óscar, ella estaría eternamente encasillada en la categoría de amiga por el mero hecho de ser la hermana pequeña de su mejor amigo, Joaquín, y de Laura, su amor platónico en la adolescencia (esto se lo confesó él mismo, medio en broma medio en serio, hacía un par de años). Por si fuera poco, los padres de Óscar y los suyos eran del mismo círculo de amigos en Santander y le pidieron que estuviera pendiente de ella cuando Alma decidió venirse a Madrid a estudiar. La confiaron a Óscar, que ya llevaba varios años instalado en la capital y estaba a punto de empezar su último año de carrera. «Llámale para lo que necesites. Es un chico responsable y muy bien educado», le dijo su madre. «Es un tío muy legal en el que puedes confiar», le confirmó su hermano. «Guapetón, pero le falta un hervor», reconoció su hermana (que aún no había olvidado aquella ocasión en que Joaquín y Óscar se colaron en su habitación con diecisiete años, para abrir su armario e iniciarse en el mundo de la ropa interior femenina). Desde entonces, Óscar había pasado por muchos hervores.

Y sí, Óscar había estado pendiente de ella desde el primer momento. Le ayudó con la

mudanza, se ofreció a colgarle una estantería y un armario que renovó en el baño, le enseñó la ciudad y los barrios donde moverse, e incluso la sacó alguna noche a tomar una copa por los garitos más de moda de Madrid, a pesar de que ya por entonces tenía una medio novia.

Tras esos primeros meses, él se acostumbró a dejarse caer por el piso los miércoles al salir del trabajo, el día en que Alma probaba a cocinar alguna receta de la cocina marroquí, oriental o india, que tanto le gustaban. Se sumaba con gusto a esas cenas semanales que se prolongaban hasta las tantas de la madrugada por culpa de las largas y apasionadas conversaciones que mantenían sobre política, el futuro, las relaciones, libros, viajes, música o lo que se terciara, siempre aderezadas por un buen vino que traía Óscar y el suave olor a especias que perfumaba toda la casa. Esa agradable cena entre amigos se había convertido casi en una tradición. Alma exhaló un suspiro resignado. Eso era lo que había.

Cuando se encontraba a menos de cinco metros de distancia, Óscar paseó la vista por las distintas mesas de la terraza, buscándola. Alma aprovechó para recrearse en él, en su pelo castaño ondulado que mantenía corto, en sus ojos verdes, en su cuerpo atlético de espaldas enormes de exnadador (medalla de plata en los regionales de Cantabria, estilo libre), en sus piernas largas y musculadas. Vale, lo miraba con buenos ojos y quizás no fuera un guapo de catálogo (¿quién quiere uno así?), pero en defensa de Alma debo decir que no había chica que lo conociera y no cayera embobada.

¿En qué momento dejó Alma de mirarlo como amigo para desearlo como algo más? La verdad es que ni ella misma lo sabía. No había tenido un momento de revelación cósmica de sus sentimientos. Simplemente había empezado a fijarse en pequeños detalles de Óscar: en cada una de sus distintas sonrisas, en el movimiento incontrolable de su pierna cuando estaba nervioso, en los achuchones impredecibles que le regalaba cuando estaba de buen humor, en su actitud relajada mientras la observaba cocinar, en su cara reconcentrada cuando consultaba su móvil... mil gestos que se habían conjugado para provocarle un vuelco al estómago cada vez que lo veía aparecer.

Suspiró levantando la mano para llamar su atención. Óscar le lanzó su mejor sonrisa mientras avanzaba hacia ella serpenteando entre las mesas de la terraza.

—Ey, guapísima. ¿Qué tal? —le plantó un beso en la mejilla deslizando su mano por el brazo en una leve caricia, antes de sentarse frente a ella. Hizo una breve señal a la camarera para que les tomara nota.

—Como una reina. Hace una tarde increíble y he salido del trabajo a mi hora, como debe

ser –no pudo evitar dirigirle una mirada glotona. A veces temía que se le notara demasiado que se lo comería entero.

Él clavó sus ojos verdes en ella y sonrió burlón.

—¿Te estás escaqueando del trabajo, mi Arrma? –le gustaba hacer ese juego tonto de palabras con su nombre, pronunciado en un exagerado acento andaluz—. Me voy a chivar a tu jefe, que mañana he quedado a jugar al squash con él.

Alma guardó su móvil en el bolso y se recostó en su silla. No le gustaba que Óscar fuera amigo de su jefe ni que le insinuara que hablaban de ella, ni siquiera desde un punto de vista laboral.

—Ni se te ocurra sacar mi nombre a relucir. Y de todas formas, solo te podrá decir cosas buenas de mí. Soy creativa, eficiente y muy productiva. Una joyita, vamos. El próximo mes cumplo un año en la agencia y me nombrarían «empleada del año», si no fuera porque aquí no existen esas americanadas en las empresas –la camarera ya estaba junto a ellos, esperando. Alma se dirigió a ella con una sonrisa–: Un helado de vainilla con nueces para mí y un café con hielo para él, gracias.

Cuando la camarera se marchó, Alma se incorporó levemente en su asiento para preguntarle sin aparente interés:

—¿Y tú? ¿Qué te cuentas?

Óscar no solía quedar con ella entre semana porque sus jornadas laborales solían ser muy largas, así que preveía que el mensaje de Óscar tenía algún interés oculto.

—Mucho jaleo en el trabajo. Hay rumores de que van mandar a algunas personas a proyectos fuera, a países en los que está creciendo el negocio.

—¿Tú te irías fuera?

—Sí, por qué no. Me gustaría salir de España una temporada y es el momento ¿no te parece?

—¿Ahora? –La voz le salió más aguda de lo normal.

—Bueno, dentro de unos meses, un año... no sé. Estoy abierto a lo que surja. ¿Tú no lo harías?

Alma lo pensó durante unos segundos. Significaba dejar su trabajo, su familia, a sus amigos... lo conocido. En cierto modo, ya lo había hecho al abandonar Santander para empezar en Madrid.

Se encogió de hombros.

—Nunca lo he pensado. Depende de en qué condiciones, en qué circunstancias... —No era algo que le atrajera en esos momentos pero si se fuera con Óscar... Una idea repentina se abrió paso en su mente—. ¡No me digas que te lo han propuesto! —exclamó.

—No, no. No hay nada —se rio Óscar, que se revolvió en su silla.

Se quedaron en silencio. Alma esperó. Sabía que había algo más.

—Entonces, ¿qué pasa? ¿Mónica otra vez?

Óscar desvió la mirada y la paseó por la gente que había alrededor, antes de clavar en ella sus ojos con una sonrisa resignada.

—Es desquiciante. No la entiendo, de verdad que no. Las mujeres nos volvéis tontos.

—A ver si vamos a pagar justas por pecadoras.

—¿Cómo puede ser que me llame para anular nuestra celebración de los seis meses juntos con la excusa de que se va a Mallorca con dos amigas? Una de ellas ha roto con su novio de toda la vida y al parecer, necesita cambiar de ambiente para airearse —se calló unos segundos antes de proseguir—. Me parece estupendo, pero joder, ¿se tienen que ir a Mallorca para eso? ¿Tiene que ser justo este fin de semana? Hace más de un mes le dije que se lo reservara para hacer algo. ¿Crees que lo hace aposta? ¡No lo entiendo!

—¿Se lo has dicho a ella? Los hombres parecéis tenerle aversión a hablar para resolver los problemas y aunque creáis que somos telepáticas, todavía no hemos conseguido desarrollar plenamente esa capacidad de nuestro cerebro —ironizó Alma, enarcando una ceja. No era la primera vez que Óscar acudía a ella a contarle sus historias con alguna de sus novias, pero lo de Mónica ya era excesivo: estaba siendo un tira y afloja constante y agotador. Óscar pasó por alto el comentario burlón y continuó quejándose.

—Pero ¿qué quieres que le diga? ¡Debería saberlo ella! Si quiere irse de fin de semana a la mansión en Mallorca de su amiga deprimida, que se vaya. ¡Encima me cuenta que van a salir de marcha! Joder, si van a salir a ligar, que se calle ¿no crees? ¡Ya somos mayorcitos para andarnos con gilipolleces!

La camarera dejó el helado, el café y la cuenta sobre la mesa.

Alma dudó entre ponerle su mirada de «eres más tonto que Abundio», o la de «estoy loca por tus huesos» que Óscar tampoco sabría traducir. Optó por la mirada tierna de «no te preocupes, tontorrón», que es la que le salía de natural. Por mucho que ensayaba, no conseguía disimular con él.

—No es que la quiera justificar, pero no seas tan dramático, Óscar. Es un plan de chicas.



Las chicas nos apoyamos en momentos de bajón, como Julia y yo, por ejemplo. Eso no significa que Mónica pase de ti. –Alma le cogió la mano sobre la mesa y le hizo una ligera caricia seguida de una palmada cariñosa de amiga. –Además, Mónica es muy guapa, podría ligar con quien quisiera, eso es cierto; pero sería tonta si lo hiciera teniendo a un chicarrón del Norte como tú aquí.

Alma se metió despacio una cucharada de helado de vainilla en la boca mientras se regodeaba en la mirada esquiva de Óscar, que no dejaba de golpear rítmicamente la pierna contra el suelo. Siembra dudas y recoge... Ay.

Alma se arrepintió en seguida de sus palabras. Conocía a Mónica de haber intercambiado un par de frases convencionales con ella, y de lo que le contaba Óscar cada vez que le atacaban sus inseguridades sentimentales, que con Mónica habían aumentado a pasos agigantados, y sí, la verdad es que le parecía una pija estirada con las ideas muy claras de lo que quería conseguir de los hombres, pero Alma no era de las que hablaban mal de otra para quitarle el novio. Ni tampoco tenía por qué explicarle a Óscar lo que opinaba de ella, por mucho que le reconcomieran los celos. A él le gustaba Mónica. Punto. De hecho, era una de las novias con las que llevaba más tiempo, así que se puso el sombrero de «amiga para todo» y le cogió cariñosamente el antebrazo.

—No le des más vueltas. No pasa nada, hazme caso. Tú sal con tus amigos, que ya tendréis otro fin de semana para celebrarlo.

Óscar meneaba la cabeza de un lado a otro, con la boca apretada.

—Es que Mónica es muy suya. Puede ser la tía más cariñosa del mundo pero a veces le dan prontos extraños, y si ha hecho esto es por algo.

En ese momento el móvil de Alma vibró con la entrada de un mensaje.

*«Alma, misión cumplida: Asignatura aprobada, carrera terminada. Lunes empiezo a trabajar en El Observador. ¡Me quedo en Madrid!»*

Alma lanzó un grito de sorpresa y una enorme sonrisa iluminó toda su cara. Marcó un número y levantándose de la silla, comenzó a hablar con voz acelerada.

—¿Cómo que los jueves salen los tíos más interesantes? –Preguntó Óscar riéndose cuando hubo colgado.

—Verdad verdadera –le respondió ella.

—Todos los días se aprende algo nuevo –disfrutó mirando cómo Alma se relamía con el helado de vainilla.